

para enseñarnos á sufrir los malos. Vivió entre nosotros el tiempo conveniente, y padeció mucho, para darnos á entender quanto debemos sufrir los que esperamos la eternidad. En cumplimiento de lo que dixo Isaías, que la ley habia de salir de Sion, comunicó á sus discípulos con su espíritu el don de hablar todas las lenguas, para que en todos los países extendiesen las divinas verdades. Dió testimonio de la verdad con los mismos Judíos, que despues de su muerte se arrepintiéron: con los Gentiles que revérenciáron la sangre de los Mártires que habian derramado: con los mismos Reyes que decretáron las persecuciones, y persiguiéron por último á los falsos Dioses. Viendo el demonio cerrado su primer camino, suscitó los Hereges que saliendo del gremio de la Iglesia la persiguen; pero estos exercitan la paciencia de los Católicos, ó la sabiduría que los confunda: y de este modo cooperan al bien de la Iglesia sin advertirlo, porque

con las disputas queda mas acendrada la verdadera doctrina, para que pueda decir á Dios, "segun los dolores de mi corazón, alegráron mi alma tus consuelos," quando convence á los Hereges, ó se convierten los que eran malos.

CAP. LII, LIII y LIV. Hubo algunos que opináron que las diez plagas de Egipto significáron las diez persecuciones que habia padecido la Iglesia, contando por primera la de Neron, y por última la de Diocleciano: ¿pero no ven que omiten la de Jerusalem? ¿qué nos dirán de la de Juliano, en cuyo tiempo un Christiano cantaba entre los horribles tormentos, de modo que le horrorizó? ¿qué de Valente Arriano en el Oriente? ¿qué de la que estan padeciendo en Persia? No es necesario ni conveniente averiguar quando será la persecucion del Anti-Christo, como dixo el Señor: no es para conjeturas humanas saber lo que el Padre puso en solo su poder. Dexémoslo á los idó-

latras que inventaron la respuesta de un oráculo, que aseguraba que Pedro con sus hechizos hizo adorar á Christo; pero pasados trescientos sesenta y cinco años dexarian sin dilacion de adorarle. ¡O gente insensata! ¿qué juicio es ese de hombres doctos? Primero dicen que Christo fue inocente, y despues que Pedro es hechicero, y que derramó su sangre por hacer que todos le adorasen. Ellos mismos se responderán: Pedro por la vida eterna dió la temporal por Christo. ¿Qué Dios es el del oráculo que adivinó, y no remedió que Pedro derribase sus altares? Pero ya pasaron esos trescientos sesenta y cinco años, y todos adoran á Christo. ¿No saben que en Jerusalem se dispusieron los Apóstoles á pelear hasta morir por la veneracion del nombre de Jesus, y que acudian á millares los convertidos á poner sus bienes á los pies de los Apóstoles? El que esto hizo en Jerusalem aun lo executa hoy en otras partes. No entienden

á los Christianos: estos no adoran á Pedro, sino á aquel en quien creyó Pedro, y en el que le enseñó la doctrina que lleva á la vida eterna. Hay en el mundo dos ciudades, y ambas gozan de los bienes, ó padecen juntas los males; pero con diferente esperanza y amor, hasta que en el juicio se distingan, y cada una tenga su respectivo fin.

LIBRO XIX.

CAP. I, II, III y IV. Dos fines hay solamente, el fin del bien, en el qual se consume y perfecciona el bien, y el fin del mal, que es aquel último y mayor mal. Para saber el sumo bien, con el qual seremos bienaventurados, y el sumo y mayor de los males, que es la última infelicidad, trabajaron los que en la vanidad profesaron la sabiduría, y al fin unos ponian el fin en los bienes del alma, otros en los del cuerpo, otros en los bienes de ambos: de solos los discípulos

de estos filósofos contó Varron doscientas ochenta y ocho sectas que con algunas diferencias pudiera haber. El deleyte no se debe desear por sí, pues está en la naturaleza para animar á la operacion; mas si se hace servir la virtud al deleyte, será torpeza: pero esta torpeza tiene filósofos que la defiendan. En este capítulo primero y en el segundo solo habla ya San Agustin de la multiplicacion de sectas que arma Varron, y exâmina despues la que dice que se debe elegir en la inquisicion del sumo bien. Aunque este condiscípulo de Ciceron asegura, que no siendo hombre ni el alma por sí sola ni el cuerpo, sino los dos unidos, y por consiguiente en los bienes de uno y otro consiste el sumo bien del hombre, y que la virtud no desprecia bienes algunos, porque usa bien de los bienes y de sí misma, nosotros, dice el Santo, que estamos mas obligados á juzgar bien en estas materias, nada tenemos que hacer con sus disputas, porque

si nos preguntan qué es lo que responde la Ciudad de Dios, ó qué siente de los últimos fines de los bienes y los males, decimos que la vida eterna es el sumo bien, y la muerte eterna el sumo mal; y así no conocemos el bien como producción nuestra, sino que creyendo y orando le esperamos del auxilio divino. Buscarle por solo nuestra diligencia, y esperar conseguirle en la tierra, es pura vanidad: "y bien sabe Dios", que los discursos de los sabios del mundo "son vanos." ¿Cómo puede ser feliz el que se aflige? ¿Y quién podrá libertarse de la afliccion en la muerte de sus hijos? ¿El decoro cómo será sumo bien? ¿Qué decoro guardará quando los miembros tiemblan, ó quando se encorva el espinazo hasta hacer al hombre andar como una bestia? La misma virtud no puede ser el sumo bien, porque esta consiste en pelear contra los vicios, y como dice el Apóstol: siempre la carne se está oponiendo al espíritu. Si en esta vida no hay

paz, no está en ella el sumo bien. No hace bienaventurados la prudencia, siempre ocupada en evitar el error: no la justicia, pues para dar á cada uno lo que es suyo, ya en el mismo trabajar en sujetar el alma á Dios, y el cuerpo al alma, se ve que no goza, sino que aspira: la fortaleza tampoco hace aquí bienaventurados, porque supone males que sufrir. El Sabio de los filósofos es tal que siempre esté inalterable, aunque lluevan sobre él tantos trabajos que le obliguen á quitarse la vida. ¿Pero cómo será feliz el que puede tener tanto mal que venza á su fortaleza? ¿ó vida que está sujeta á tan graves males! Nuestra felicidad en esta vida está en esperanza, y aguardamos con la paciencia la posesion. Los filósofos como no creen no esperan; y así se fabrican arrogantes en esta vida una falsa felicidad.

CAP. V, VI, VII y VIII. Dicen que en la vida social y política se halla la felicidad. Tambien la Ciudad de Dios es social:

pero la vida no por serlo es bienaventurada, pues en la sociedad se hallan agravios, enemistades y guerras: la traicion se halla baxo el pretexto de la amistad: ¿quién será tan sabio que no sienta los engaños? Para el remedio de las injusticias estan los tribunales: pero no pueden los Jueces entrar á ver las conciencias, y esta fuente de ignorancias causa la ruina de los inocentes. ¿Qué diré de la diferencia de lenguas? Mas bien se halla un hombre en la compañía de su perro, que en la de un extranjero cuya lengua ignora: ved aquí cortados los consuelos de la sociedad: ¿qué de las guerras? el hombre es naturalmente compasivo, y no puede menos de sentir dolor: pero me dirán que el sabio solo hará guerra justa, y en esta no siente los males que son consiguientes: en este caso digo que es el hombre mas infeliz, pues ha llegado á perder y borrar de su corazon los sentimientos de la humanidad. ¿Qué sabio pondrá la felicidad

en tener amigos, si ignora los que de veras lo son? y si llega á conocerlos, sin duda será mas feliz quantos mas tenga. ¿Pero cómo podrá este librarse de la pena que le dará ya la desgracia de uno, ya la de otro? Si no las siente es señal de que tampoco goza dulzura en su trato, y de este modo no es feliz por la amistad: mas bien pudiera llamarse felicidad la de los fieles que viven con la esperanza; pues en la muerte del amigo se consuela con que se ha librado de los males que pudieran estragar su virtud.

CAP. IX, X, XI y XII. Pero dirán algunos filósofos que tienen por amigos los ángeles á los que no llegan desgracias. Es necesario grande misericordia de Dios para que el hombre no se engañe, y piense que son ángeles buenos los que son demonios, á los quales está sujeta la ciudad del mundo; y aun las mismas ceremonias sacrílegas con que los aplacan, y las fiestas torpes que piden manifiestan

que adoran demonios. Es verdad que los mismos Santos no estan seguros de sus engaños; pero esto mismo los hace suspirar por la ciudad de la verdadera paz en donde los dones de la naturaleza serán eternos, el alma tendrá sabiduría, y el cuerpo se renovará con la resurreccion. La virtud de los fieles no solo usa bien de los bienes, sino tambien de los males, refiriéndolo todo á la santa Jerusalem, en la que hay eterna paz: aquí, como dice el Apóstol, goza el Santo el fruto de su justicia; pero sabe que su fin consiste en la vida eterna: si la paz aun en las cosas terrenas á todos alegra, ¿qué será la paz en los bienes eternos? En la misma ciudad del mundo es tan amable la paz, que todos la miran como el único fin que pretenden con la guerra: hasta los que perturban la paz la desean, solo pretenden que esta sea á su gusto: los mismos ladrones buscan cierta sombra de paz, procurando conservarla con sus cómplices, y

cada uno en su casa no tiene paz hasta que todos en ella le obedecen. Pero la soberbia humana imita perversamente á Dios, porque como el Señor por la excelencia de su ser en todo debe dominar, así el soberbio á todos quiere mandar, y en lugar del yugo suave que Dios impone, quisiera él poner el suyo.

CAP. XIII, XIV y XV. La paz del irracional es la quietud que goza en la satisfaccion del apetito: la del racional es la concordia entre la parte contemplativa y la activa: la del hombre con Dios es la obediencia en la fe baxó la ley eterna: la de la santa ciudad es aquella sociedad en que todos gozan de Dios, y unos de otros en Dios. Aunque los miserables en la parte que son miserables no tienen paz, la tienen en alguna cosa de sí mismos; porque la miseria no lo destruye todo, sino que parte quita, y parte dexa, y aquel mismo ser que les dexa es el que siente lo que les quita el mal. Podrá haber vida sin

dolor, pero no dolor sin vida, y esta en quanto vida es buena. El mismo demonio en quanto es naturaleza es obra de Dios; pero obra de Dios que se afeó con su propia obra por no permanecer de soberbio en el orden en que Dios le puso: mas no por esto salió de la potestad del sabio Ordenador; porque substrayéndose del orden de la divina bondad, cayó en el de la justicia que ordena la justa pena, no porque aborrece Dios lo que crió, sino lo que hace el demonio. Esto experimentarán los malos en la otra vida quando sean objetos de la justicia divina, llorarán la pérdida de los bienes naturales como pena merecida por el desprecio ingrato de la liberalidad del que se los dió para ordenarlos á él: pues es condicion equitativa, que el que usa bien de la luz, de las aguas, alimentos y todo quanto le consolaba en los bienes percederos, se haga digno de otros mayores, como son los de la vida eterna. Los animales en seguir el de-

leyte y huir del dolor dan á entender que no conocen otra paz que la que puede dar el descanso y satisfaccion del apetito. El racional si desea que no le moleste el dolor, es para conservar la paz entre la parte contemplativa y la activa, esto es, para adquirir conocimientos útiles, y segun estos arreglar sus costumbres; pero el entendimiento humano necesita de la fe para obedecer con certidumbre, y del auxilio de Dios para seguir su luz con libertad. La fe nos propone dos preceptos, amar á Dios y al próximo, y no puede menos de desear que el próximo le haga bien quando lo necesite; todo está en el orden si á ninguno hace daño, y hace bien al que puede; pero la ocasion mas oportuna para hacer bien la tiene en su esposa, sus hijos &c. En la Ciudad de Dios no mandan por ambicion, sino por cuidar de otros. La necesidad de Soberanos que manden vino despues del pecado, pues antes solo tenia el hombre dominio

sobre los animales; pero así como es útil la humildad á los que sirven, la soberbia es mala para los que mandan. La misma servidumbre será libre sirviendo con amor fiel hasta que se reforme esta miseria quando Dios sea todo en todos. CAP. XVI, XVII, XVIII, XIX y XX. Aunque en los bienes temporales son primero los hijos que los siervos, en quanto á servir á Dios debe el padre de familias tratarlos igualmente; y aun mas debe sufrir un padre que gobierna, que un siervo que obedece. Así como ninguno favorece quando por su favor hace que se pierda otro mayor bien, el que perdona al que debiera corregir, no le hace bien, porque es causa de que incurra en mayor mal. El uso de las cosas necesarias á la vida es comun; pero los buenos las dirigen á distinto fin: y así la Ciudad de Dios en esta vida se sujeta á las leyes con que la terrena se gobierna en lo necesario para la vida: pero como la doctrina del

cielo reprueba la variedad de Dioses, á quienes encargan las cosas humanas los ignorantes, y sabe la Ciudad de Dios que es uno, no puede tener en puntos de religion las mismas leyes que la ciudad terrena, aunque se conforme con ella en lo que es desear la paz en esta vida, pero la dirige á la eterna: pues la vida de la ciudad no es solitaria; debe conformarse la de Dios con la terrena en lo que no impide servir al verdadero Dios. Abomina la Ciudad de Dios aquella duda de los Académicos, que todo lo tienen por incierto hasta lo que tocan con los sentidos; porque como dice San Pablo: *ex parte cognoscimus*, conocemos lo que entra por los sentidos, y creemos las verdades de la fe, con las cuales vamos seguros, y solo dudamos de lo que no hemos podido penetrar. Ni el trabajo ó modo de vivir, como no sea contra lo que Dios nos manda, es contra la fe: por esto no obliga á mudar de hábito á los filósofos que se con-

vierten: evitamos aquel ocio que se opone al amor del próximo, y condenamos la actividad que se olvida de Dios. Quando dixo el Apóstol: "el que desea el Obispado buena obra desea:" dió á entender que solo podemos desear el trabajo, no la honra, y no es Obispo el que gusta de ser superior, y no de aprovechar. El que pasa esta presente vida, dirigiendo sus ocupaciones á la eterna, se puede llamar bienaventurado por la esperanza, no por la posesion: pero toda posesion de acá es verdadera miseria sin la esperanza de allá.

CAP. XXI, XXII y XXIII. Si decian los Romanos que no es ley la que solo se hace en favor del que mas puede, y que solo es derecho lo que dimana de la fuente original de la justicia; en donde no hay justicia no hay república: luego no lo fue la Romana, porque si justicia es no quitar á nadie lo que es suyo, ¿qué justicia puede ser quitar al hombre el verdadero Dios, y sujetarle á los impuros demonios?

Disputan que es cosa injusta que unos hombres sirvan á otros; y á los que decian, que por qué sujetaban las provincias, respondian que por ser de hombres que vivirian mejor en servidumbre: y tomando el exemplo de la naturaleza, dicen: Dios manda al hombre, el alma al cuerpo, la razon al apetito &c. pero deben saber, que solo manda bien al cuerpo el alma que sirve á Dios; pero los Romanos no sirvieron á Dios, sino á unos Dioses que eran demonios. ¿Pero qué Dios es el verdadero? Jesu-Christo prometido en los Profetas, tan grande aun para los que no le conocen, que Varron sostiene que es Júpiter, en lo qual se conoce que le tuvo por el mayor: y Porfirio, uno de los filósofos mas eruditos, con ser enemigo nuestro, dice que es Dios grande. Preguntándole uno, dice, al Dios Apolo, qué haria para que su muger no fuese Christiana, respondió: dexala que celebre con inútiles lamentaciones á un Dios muerto. Confiesa que los

Judíos son gente que conoce á Dios; luego será verdad lo que manda este Dios, que es no ofrecer sacrificios á muchos Dioses: el oráculo de Hecate respondió, que el alma de Christo era de un varon excelentísimo en santidad. El demonio usa de mil enredos para engañar, no le importa que alaben á Christo como levanten calumnias á los Christianos. ¿Pero cómo compondremos estos dos Dioses, Apolo que condena á Christo por malo, y Hecate que dice que es santísimo? Pero que los concuerden los que se fian de sus oráculos. No hablemos de los testimonios que Porfirio levanta á los Hebreos y al verdadero Dios quando dice, que lo que prohibió fue adorar á los demonios, pero no á los Dioses celestiales. ¿Cómo no? si toda la Escritura condena como sacrilegio que se adore, sino es á un solo Dios.

CAP. XXIV, XXV, XXVI, XXVII y XXVIII. Confieso que toda congregacion es ciudad en donde se juntan los racionales

en concordia entre sí, como se unió el pueblo Romano; pero todo pueblo en donde no manda un solo Dios, y por consiguiente el alma no manda con rectitud, carece de justicia verdadera: pues aunque algunos dicen que las virtudes pueden amarse por sí mismas sin referirlas á Dios, yo no puedo llamar virtud en donde manda la vanidad, pues no puede hacer al hombre bienaventurado; la verdadera virtud es sobre el hombre, y viene de Dios: "bienaventurado el pueblo cuyo Señor es „ Dios," luego es miserable el que no le tiene por Señor: es verdad que este pueblo tiene cierta paz, y nosotros mientras estamos con él nos aprovechamos de ella; y así dixo el Apóstol, que hiciesen oracion por los Reyes para pasar esta vida tranquilla en santidad. Nuestra santidad y paz en esta vida no tiene la última perfeccion, porque ninguno hay que no tenga que decir á Dios perdónanos nuestras deudas, sino algun espíritu altivo, al que se opone

el que da la gracia á los humildes: aunque nuestra justicia es verdadera por el fin á que se dirige, mas bien consta en esta vida de continuo perdon, que de perfeccion en la virtud. Aquí hay continuados riesgos; pero allá no habrá otra necesidad de gobernar los apetitos, porque será Dios el que mande y gobierne, y habrá en servir la misma alegría que en reynar viviendo con la vida de Dios. En los malos sucederá que privados de la vida de Dios no vivirá su alma, ni será vida la de sus cuerpos sujetos á dolor eterno. ¿Qué guerra puede haber mas penosa que la de aquel infeliz estado, en el que estarán tan opuestas entre sí las pasiones y las voluntades que nunca se conformarán, el cuerpo estará peleando con la violencia del dolor, sin que jamas el uno se rinda al otro? Aquí ó el dolor nos quita el sentido, ó conseguimos la salud; pero allí la pena permanece para affigir, y la naturaleza dura para sentir.

TOMO UNDECIMO.

LIBRO XX.

CAP. I, II y III. La venida segunda del Hijo de Dios á juzgar los malos para dexarlos para siempre en los tormentos, y á los buenos para darlos el Reyno de los cielos para siempre, es la fe de nuestra Madre la Iglesia. Mientras nos dura la vida tambien nos está Dios juzgando, y así pagan los hombres ocultamente la pena de sus culpas: pero no trata el Santo en este libro del juicio que exerce Dios en nuestras conciencias, sino del que celebrará delante de todas, porque en él ya no habrá que preguntar por qué el bueno es pobre, y el malo rico, porque sale el inocente condenado en los tribunales, y su contrario culpado triunfa. Allí veremos que esto no se permite sin justo juicio de Dios, y ahora nos da documentos para que no estimemos los bienes de este mundo, que

son comunes á los buenos y á los malos, y solo aspiremos á conseguir los que solamente se darán á los buenos. En aquel dia, que por excelencia se llama dia del Señor, veremos que todos los juicios de Dios han sido rectos: y advertiremos que tambien es justo juicio de Dios que ahora los fines del Señor se escondan al sentido humano, y no los podamos penetrar. Quando Salomon habia dicho aquella sentencia: "vanidad de vanidades, y todo „vanidad," enlazó con ella todos los sucesos de esta vida que se pasa debaxo del sol. A algunos justos les sucede todo como si fueran impíos, y á algunos injustos como si hubieran vivido bien; pero importa mucho obedecer á la verdad, no con fin de gozar de los bienes, y evitar los males que desaparecen, sino porque esperamos aquel dia del juicio: y así concluye el Sabio: "teme á Dios, y guarda „sus mandamientos, porque esto es ser „hombre perfecto:" todo lo demas es va-